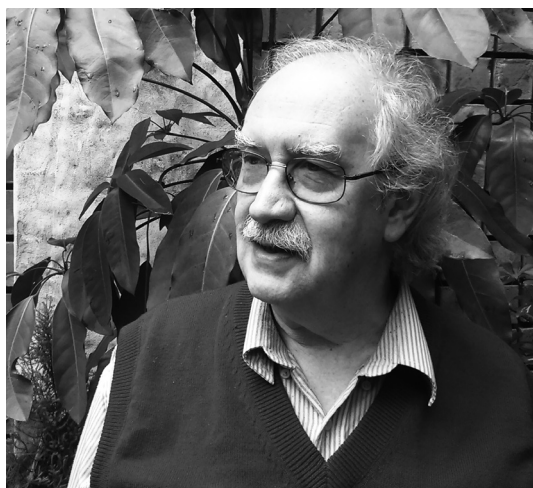


Conversación con Daniel Biebel

Sodely Páez

Sociedad Argentina de Psicoanálisis



SP: Daniel, muchas gracias por recibirnos hoy, un día especial para el país, para todos, el Día de la Memoria, te agradezco mucho. Me gustaría proponerte que nos dejemos llevar por la conversación y nuestra propia memoria. Asumir este encuentro como una charla más que como una entrevista.

DB: Sí, yo me siento también mucho más cómodo de pensarlo como una conversación, que es a lo que estamos acostumbrados.

SP: Bueno, conversemos (risas). Comencemos por tu faceta profesional, ¿cómo llegas al psicoanálisis y el psicoanálisis a ti y cuáles han sido tus primeras incursiones dentro del campo psicoanalítico?

DB: Bien, se podría decir que yo parto hacia el psicoanálisis cuando tenía poco más de dos años. Según lo que se contaba en mi familia, alrededor de los dos años ya decía que iba a ser “médico de acá”, señalando la cabeza. Probablemente esto tenía algo que ver con algunos antecedentes familiares. Más tarde, a la mitad de la carrera de Medicina empecé a cursar la carrera de Psicología y alternativamente algunos cursos de Filosofía.

SP: ¿Alternativamente?

DB: Sí, por momentos algunas materias de Filosofía, pero hice varias en la carrera de Psicología. Filosofía además estudiaba por mi cuenta con un amigo y discutíamos con otros. Entonces así entraba al estudio de los temas del alma –digamos así– y por otro lado con la lectura de Nietzsche, que me provocó una gran revolución interior porque toda mi formación previa era católica, cristiana y éste era un gran anticristiano. Pero ahí se fue aunando y decidiendo –ya prácticamente era la mitad de la carrera de Medicina– querer hacer algo vinculado a la psiquiatría y el psicoanálisis. Al terminar la carrera de Medicina y tras un año y medio de terapia individual y de grupo con Fidel Lebensohn, reconocido psiquiatra de Rosario, mi lugar de nacimiento, mi profesor de Psiquiatría me recomendó estudiar en Buenos Aires con Mauricio Goldenberg. Así que me vine, tenía parte de mi familia viviendo acá, mis abuelos, mis tíos y primos y mi hermano también.

SP: ¿Tu formación médica fue en Rosario?

DB: Sí, nací y viví allí. Me recibí de médico en Rosario en 1972; en 1973, tras haber hecho contacto con Goldenberg en el Hospital Italiano, vine a hacer lo que se llamaba el Curso de Médico Becario en Psicopatología, porque no estaba la residencia todavía.

SP: ¿Y tenías idea de quién era Goldenberg para entonces?

DB: Yo en el comienzo no sabía nada, no sabía quién era Goldenberg, así que me fui enterando a partir de esa recomendación.

SP: ¿Cuántos años duraba el curso?

DB: En el Italiano el Curso de Médico Becario era de dos años; teníamos una

formación que consistía en cursos y en estar, aprender y trabajar todos los días, ocho horas en el Servicio, empezando por la sala de internación y guardias de 24 horas dos veces por semana, Después hacíamos consultorios externos, interconsulta, hospital de día.

SP: ¿Con qué tipo de patologías?

DB: De entrada las patologías dominantes eran, o bien crisis, descompensaciones agudas de personas que podían ser neuróticas, algunos casos de alcoholismo, y muchas descompensaciones psicóticas. Pero una característica del Servicio de Psicopatología del Italiano era que –dado que Goldenberg era una personalidad muy reconocida en toda Latinoamérica– llegaban muchas personas que habían fracasado en otras instancias terapéuticas.

SP: ¿Qué quieres decir con que habían fracasado?

DB: Todos aquellos pacientes a los que les había ido mal, que habían tenido problemas y habían probado una y mil veces tratamientos, o quienes venían en forma directa por conocerlo a él o venían ya como la última solución. Goldenberg había impulsado los Servicios de Psicopatología en hospitales generales. Ahí estábamos al lado del Servicio de Neurocirugía, donde estaba el doctor Matera –en ese momento, alguien muy renombrado y prestigioso–. También los otros Servicios eran muy reconocidos y solicitados. Había mucha relación entre cada uno de los servicios del hospital. En aquel entonces se hacía una práctica muy intensa, no solamente en la especialidad sino en el contacto con los colegas, con los residentes de las otras especialidades. Pero claro, era un tiempo especial: en ese período de 1973 a 1976, en el Hospital Italiano bajo la dirección de Goldenberg, el clima de residentes y la situación del país era de muchísima ebullición política. Estaban las huelgas, las diferentes posiciones políticas vinculadas a los grupos armados... Y así es como se fue sucediendo paulatinamente una relación muy intensa entre nosotros, los residentes. También fuimos perdiendo amigos que eran detenidos o eran desaparecidos... en el Servicio de Psicopatología perdimos a Daniel Callejas, un amigo hoy desaparecido. También otros amigos en Cirugía y en Clínica Médica.

SP: ¿Y exiliados?

DB: Exiliados en ese momento no, pero sí muy pronto. Fundamentalmente, la cuestión era en donde empezaban a caer los amigos. Toda esta situación, que además se replicaba de una manera intensa en la vida familiar de Goldenberg, ocasionó que él tuviera que exiliarse... vos eso lo sabés bien...

SP: Sí, afortunadamente lo tuve también como maestro, en el Hospital El Peñón, en Caracas. Pero venía ya muy golpeado.

DB: Venía golpeado, perdió, le mataron a un hijo y una hija.

SP: Así es. ¿Qué influencia tuvo en tu formación?

DB: La influencia fue decisiva porque tuve la enorme suerte de estudiar y hacer la residencia con él. Como también de contar con otros maestros que habían sido sus discípulos y que venían a darnos clases. Nosotros teníamos la parte práctica y teníamos cursos, con Lía Ricón, con Vicente Galli sobre Freud, con Susana Dupetit y Esther Romano en Grupos, con Adela Duarte estábamos en el servicio también... O sea, una buena parte de ellos había venido con Goldenberg del Lanús. También estaban Raúl Levín y Carlos Bucahi, todas personas de las que uno podía aprender muchísimo. Y la figura de Goldenberg, quien era cautivante entre otras cosas por su capacidad de transmisión, no solamente de su concepción de la psiquiatría dinámica, sino también por la apertura que él hacía al psicoanálisis. Ahí el psicoanálisis se fue destacando progresivamente en mi horizonte. Mientras hacía la formación en Psiquiatría Dinámica en el Hospital, cuando terminaba a las cuatro de la tarde, dos veces por semana me iba a Campana –que queda a un buen tramo de acá– y atendía allá en una clínica; volvía a las doce de la noche...

SP: Una dedicación casi exclusiva.

DB: Una dedicación casi exclusiva. Dos años dentro del Curso de Médico Becario y después dos años en Hospital de Día. Los residentes y buena parte de sus discípulos eran francamente orientados al psicoanálisis, Goldenberg tenía una perspectiva muy amplia: tomaba el psicoanálisis y tomaba otras cosas. Al año de estar en Buenos Aires empecé a analizarme con Eduardo Issaharoff, cuatro veces por semana y seguí durante 11 años. Una insustituible, intensa y profunda experiencia.

SP: En definitiva, tu formación se iba perfilando cada vez más hacia el psicoanálisis.

DB: Sí, aunque me llevó varios años decidir entrar a APA y poder hacerlo a medida que fui estableciéndome en la profesión. La influencia de Goldenberg era en el terreno no solamente profesional, sino como maestro y fue formativo hasta con la posibilidad misma de tener enfrentamientos como grupo de residentes con él y aprender de la experiencia de lidiar con él, de su manera de comportarse y de cómo nosotros reaccionábamos con él.

SP: ¿Y cómo era? Porque si algo me parece destacable en él –no sólo su formación y su pensamiento, que es interesantísimo– era su bonhomía, su calidad humana.

DB: Sin ninguna duda. Cuando te decía de los enfrentamientos tomémoslo en el marco de lo que estaba ocurriendo en el país en ese momento, de repente se producía una huelga de residentes donde había más un juego de tensiones políticas que necesariamente una cuestión gremial. Entonces Goldenberg decía: “Ustedes los del Servicio de Psicopatología no tienen nada que ver con el resto de los residentes, ustedes están acá en el Servicio como becarios y no tienen por qué plegarse a eso”. Nosotros decidimos otra cosa, no podíamos apartarnos del conjunto de residentes, entonces él nos reunía y nos cuestionaba de esta manera, por ejemplo: “Si ustedes están haciéndome esto, yo les retiro el afecto” (risas). Ya estábamos muy acostumbrados, entonces yo le dije: “Doctor, nosotros entendemos lo que está diciendo pero de parte nuestra para nada le retiramos a usted el afecto”...

SP: (risas) ¡Genio y figura! Así la medicina y el psicoanálisis. La filosofía, en tu vida, ¿cómo siguió después de tu encuentro con Nietzsche en Rosario?

DB: Hacia fin del colegio secundario en el Colegio la Salle, con un amigo nos reuníamos todas las tardes y claro, ¿qué leíamos en aquel momento?, leíamos la obra de Maritain que era un filósofo representativo del pensamiento cristiano de ese entorno. Después a los 13 o 14 años quise comprar *El Banquete* de Platón y el librero se negaba: “¡Sos chico para leer ese libro!”, hasta que me lo tuvo que vender. Nietzsche me ayudó en su momento a la transición, a poder desprenderme del estar metido dentro de la visión cristiana, católica en forma plena.

SP: También él vivió algo parecido.

DB: Sí claro, con un padre pastor...

SP: Y tu interés por la filosofía continuó acá mientras te formabas como psiquiatra.

DB: Sí, aquí continué en distintas etapas; en un momento entré en la Facultad de Filosofía, hice algunas materias, después dejé, después volví a entrar en la Facultad de Filosofía y ahí hice unas cuantas materias, Filosofía Antigua, Medieval, Moderna, Contemporánea, Ética, Estética, algunos niveles de Griego. Simultáneamente estudiando con Gregorio Klimovsky, Epistemología, Lógica, Matemáticas...

SP: ¿Pero eso ya después del Italiano?

DB: Eso después del Hospital Italiano. Durante el Italiano era una dedicación total ahí y tratar de sobrevivir...

SP: ¿Incursionaste formalmente en el campo de la filosofía?

DB: No sé si podría decir formalmente, pero en una buena parte de los trabajos que he escrito pretendo vincular cuestiones psicoanalíticas con cuestiones filosóficas. Por lo demás, solía decir Kant que la actividad filosófica en realidad no es una cuestión necesariamente profesional, sino una actividad de todo ser humano como impulso natural. Lógicamente cuando uno se va metiendo más en esto tiene que hacerlo a partir de la lectura y discusión de lo que han dicho grandes pensadores. Entonces lo que se convierte en algo atractivo es esa suerte de diálogo permanente en lo que algunos llaman “la república de las ideas”; con lo cual sigue vigente el poder pensar con Platón, con Aristóteles, con Kant, con Descartes, con Freud, con Bion, con Melanie Klein.

SP: En esa época empezaste el análisis personal, no con cualquiera sino con Eduardo Issaharoff que tiene un interés también bastante amplio en las ciencias humanas:

DB: Y naturales y formales. Indudablemente estuvo la influencia de Eduardo... la influencia y la concordancia y el ejemplo en muchas cuestiones, podríamos decir.

SP: ¿En qué puntos, dirías?

DB: Diría fundamentalmente en un cierto modo de pensar, en el respeto a la búsqueda de la verdad. Entre otros campos en la epistemología, por ejemplo. Así surgió su sugerencia de ir a ver a Klimovsky, dando inicio a un largo camino de aprender epistemología y lógica con él, así como después la vinculación de esto con el psicoanálisis. Por supuesto con Eduardo durante mi análisis lo fundamental fue el análisis; era el análisis e –insisto– en tiempos especiales, de todo tipo: tiempos especiales políticos, pero también personales, empecé el análisis con Eduardo un año después de haber venido a Buenos Aires, en 1974.

SP: ¿Qué edad tenías?

DB: 24.

SP: Desde muy jovencito mostraste tu vocación por el estudio y el conocimiento. ¡Ya se veía quién iba a ser Daniel Biebel! Y empiezas el análisis en un momento personal interesante, de independencia.

DB: Un momento de independencia, un momento de búsqueda...

SP: De desprendimiento.

DB: De desprendimiento, exactamente. Y además de descubrimiento, de cambios de todo tipo.

SP: Hay un pasaje tuyo muy importante que es, más tarde, la de la presidencia de la Asociación de Epistemología.

DB: La posibilidad de ser presidente de la Asociación de Epistemología fue algo muy grato, y un honor muy importante. Yo había tomado contacto con la Asociación de Epistemología cuando alrededor de 1980 se hacían reuniones muy estimulantes por el nivel de las discusiones y las agudas confrontaciones de parte de los intervinientes. Simultáneamente estábamos estudiando en un grupo con Klimovsky, pero cuando viene la democracia y Klimovsky es designado –después de haber participado en la Conadep– decano de la Universidad Tecnológica, se queda sin tiempo. Eduardo Issaharoff también queda muy involucrado con la política del país en ese momento con Alfonsín. El grupo

directivo no se puede ocupar y durante un tiempo ADEP deja de funcionar. Pasado un tiempo se quiere reflatar ADEP y ahí somos convocados varios para hacer este proceso. En una primera etapa está como presidente César Merea, después de unos años yo paso a ser presidente de ADEP por unos cuantos años más, trabajando y organizando actividades muy interesantes.

SP: ¿Hay registro de los trabajos realizados? ¿Se han conservado?

DB: Ha quedado una cantidad de material que lo hemos utilizado. Durante mi gestión, en 1998 –cuando asume De la Rúa– editamos un libro desde ADEP. No salió como Ediciones Biebel sino como una edición de ADEP: *Teoría de la acción*, y se hizo en base a una serie de conferencias de epistemología, de psicoanálisis y filosofía. Había varios autores filósofos y varios autores psicoanalistas que contribuyeron a este libro, fue una experiencia muy linda.

SP: ¿Quiénes fundan ADEP?

DB: Gente de APA, de APdeBA y de SADAF. Antonio Barrutia, Bruno Winograd, Eduardo Issaharoff, Augusto Picollo, Horacio Etchegoyen, Elizabeth Tabak, Janine Puget, Gregorio Klimovsky, Eduardo Rabossi y María del Rosario López Arnaiz. Félix Schuster, si bien no figuró entre los fundadores, estuvo desde el comienzo y fue uno de los pilares de ADEP.

SP: Siempre cerca de los libros y las letras, cuéntanos de tu experiencia como editor de *Psychoanalysis.today*.

DB: Esa es una tarea muy linda en la que estamos embarcados en este momento.

SP: Coherente contigo, esta búsqueda incesante no errática ni dispersa. Me parece que incursionas en tareas siempre dentro de una línea, un eje, que no pierdes nunca.

DB: Sí, es curioso porque a veces uno es invitado, no es que lo fui a buscar.

SP: Porque te conocen (risas), ¡no es casualidad!

DB: Claro, saben las inclinaciones. *Psychoanalysis.today* es un emprendimiento que por iniciativa de Stefano Bolognini y de los presidentes de las Federaciones

se ha constituido y se propone –y estamos haciéndolo– publicar en cinco idiomas vía online textos de psicoanalistas sobre temas de actualidad, específicos de psicoanálisis o que aborden desde un punto de vista psicoanalítico cuestiones de relevancia social y cultural, como la violencia o las migraciones. Y realmente es muy interesante porque tenemos autores de todas partes, de China, Turquía, de Hungría, de Bélgica, de países latinoamericanos y norteamericanos, en fin de todos lados. Somos dos editores en jefe en este momento: Ursula Burkert de Alemania y yo por Fepal. Y después hay seis editores más, también formando parte de la Federación Europea, la Americana, Latinoamericana y de la IPA. Los trabajos principales por ahora son a pedido específico nuestro aunque también pedimos colaboración espontánea. Es la primera publicación conjunta entre las Federaciones y la IPA; además es la primera publicación propia que tiene la IPA, porque el *International Journal of Psychoanalysis* es de la Británica. Además es multilingüe, online, abierta al público general y gratuita. Se pueden bajar los textos y además hemos colocado ya en dos de los números videos con la traducción en subtítulo.

SP: No podemos ignorar al ser político en todos estos emprendimientos. Has sido muy activo en esta área también. ¿Cómo se fue desarrollando en ti esta vocación?

DB: Yo compartía lo que la gran mayoría de los jóvenes de mi tiempo, pero con algunos reparos. ¿A qué puntos me refiero? Me sentía unido a ese gran movimiento que pensaba que era importante que hubiera un cambio significativo en el país y que de alguna manera se creía que podía ocurrir únicamente bajo la mano de la presencia de Perón. Pero no compartía algunas consignas, por ejemplo “Perón o muerte”, tampoco la perspectiva de la lucha armada que se planteaba en ese momento. Sin embargo, me sentí identificado con lo que eran los reclamos de cambio, era salir de lo que había sido para mí el impacto del golpe de Onganía, que se llamó Revolución Argentina y bajo cuyo régimen transcurrió mi estudio universitario. Recuerdo muy gráficamente mi venida a Buenos Aires en 1973. Cuando llego, en marzo, era el momento de la asunción de Cámpora. Decido ir a la Plaza de Mayo a observarla y cuando bajo del colectivo veo una mancha de sangre muy grande en el piso. Esto fue –yo diría– una especie de señal, de algo anticipatorio de lo que se fue gestando y se multiplicó más adelante, aunque en ese momento parecía una ebullición que iba a transformar las cosas y que podía ser incidental o no tan significativa la represión que

podría llegar a haber, o los enfrentamientos entre grupos dentro del mismo peronismo, la Triple A, etcétera. En 1973 se compartía una ilusión muy grande de transformación posible. Como te decía, yo formaba parte de ese clima general y formaba parte en esto después en el Hospital, pero con una adhesión parcial.

SP: Crítica...

DB: Parcial y crítica. Lo cual no me impedía –por supuesto– participar de los grandes eventos, hasta ir a Ezeiza cuando regresa Perón y ese tipo de cosas.

SP: ¿Desilusionado después?

DB: Dolido, fundamentalmente dolido. Progresivamente iba conociendo esa transición en la política y al mismo tiempo era como una transición y maduración personal de una perspectiva adolescente y juvenil, a una perspectiva progresivamente más madura. Pero era así, a través de este tipo de vivencias muy intensas que se fueron mechando...

SP: ¿Mechando es....?

DB: Se fueron intercalando experiencias profesionales, personales, que podían ser de enamoramiento, de amistades... el clima de lo que iba viviendo, lo que íbamos viviendo era todo ese conjunto. En ese período de gran convulsión política, conozco a mi mujer, Norma, con quien tuvimos a nuestros hijos. Mi hijo mayor, Nicolás nació en 1980. Mis hijas, Gabriela y Luciana nacieron fuera de la dictadura, en 1984 y 1988. Pero gestar la familia fue durante todo ese proceso; la complejidad de esto es algo que me sigue sorprendiendo: en tiempos tumultuosos vivir muchas circunstancias diversas, de las más hermosas a las más penosas –todo mezclado– tratando uno de ir entendiendo y comprendiendo cómo ir ubicándose, cambiando posiciones...

SP: Todo lo cual habla de una enorme fortaleza y una gran plasticidad para seguir creciendo aún en las circunstancias más adversas.

DB: Efectivamente, de crecer. Por suerte con ayuda también, porque todo este período, donde mi vida se ponía en revisión, mi pasado más todo lo que iba aconteciendo, fue vivido transcurriendo mi análisis y las discusiones con los amigos, intercambios...

SP: ¿Cómo te preservabas y cómo mantenías tu curiosidad y tu búsqueda?

DB: Aparte del análisis estaba el estudio, los grupos de estudio, una cierta reclusión, y participando de un clima de temor con todos aquellos que también de alguna manera algo habíamos tenido que ver en esos tiempos con posiciones que tenían un sesgo de izquierda. ¿Cómo uno se mantenía?, yo creo que como en otros países en guerra, como se trabajaba en la época de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial en Europa con los pacientes y en donde los climas eran espantosos y la gente seguía viviendo y seguía creando. Así, en medio de todo, el amor, el trabajo, los amigos, las lecturas.

SP: ¿Cómo se conocieron Norma, tu mujer, y tú?

DB: En la Alianza Francesa. En aquel momento estaba estudiando a Lacan y me venía bien saber algo de francés. Ella también había decidido estudiar francés así que ahí nos conocimos, siempre compartiendo, discutiendo, intercambiando posiciones, pensando ella de una determinada manera en un momento, pensando yo lo contrario y después dándose vuelta esto. Si hay un rasgo característico de ella es –justamente– esa capacidad crítica más rápida que la mía, más anticipada, capaz de ubicar más rápidamente cuando aquella persona con la que uno estaba adhiriendo se está empezando a equivocar y empezar a criticarla sin una especie de fidelidad que hace que a veces uno cierre los ojos.

SP: ¿Crearon juntos la Editorial Biebel, de nuevo los libros?

DB: En realidad en principio la crea ella, ella estaba en la carrera de Ciencia Política y ya se había recibido. Entonces, propiamente dicho, los primeros libros que saca la editorial son de ciencias políticas, en 2002. Luego hubo un cambio en 2004 cuando a instancias de la familia Winograd, que decidieron apoyarnos financieramente, hicimos los libros de Klimovsky.

SP: ¡Lo que marcó un cambio en la línea editorial!

DB: Marcó un cambio, sí, porque el libro de Gregorio Klimovsky fue realmente un acontecimiento. Realmente es un orgullo, es un gran orgullo porque para esa época yo ya venía desde hacía varios años como presidente de la Asociación Argentina de Epistemología del Psicoanálisis y ahí habíamos decidido recolectar toda la obra dispersa de Klimovsky sobre epistemología y psicoanálisis.

De ahí en adelante progresivamente hemos ido publicando diferentes libros de psicoanálisis. Con mucho placer además porque muchos de ellos son de amigos, que ya lo eran de antes, y otros que lo han sido posteriormente. Y tuvimos suerte también de poder editar algunos de estos libros, por ejemplo con Rafael Paz, su libro *Cuestiones disputadas* y ahora su nuevo libro, *Psicoanalizando*. Por supuesto también de Bruno y Eduardo, *Comunicación en sesión*.

SP: Lo pasamos por alto, pero también es sabido por todos tu paso por la presidencia de la SAP.

DB: Efectivamente fue una experiencia muy rica, fundamentalmente porque las posiciones directivas te permiten tener una mayor visión de conjunto de la tarea en cuestión, se integra más el conocimiento que uno tiene de los distintos resortes de lo que se está haciendo, eso es muy interesante.

SP: No solamente es político entonces, sería cumplir una función política institucional.

DB: Claro, una posición que te permite tener un nivel de contacto y de interacción y tomar algunas decisiones, y poder interpretar cierto tipo de necesidades porque se está en una importante comunicación con diferentes personas. Entonces eso amplía el campo, dentro de la propia sociedad y después con las otras sociedades, como en este caso las distintas sociedades latinoamericanas o actualmente –en el *Journal*– con las otras de todo el mundo. Siempre es muy estimulante porque es novedoso.

SP: Y además con Norma han construido una familia muy sólida y unida. Una familia muy linda.

DB: Una muy linda familia y si bien suele ser difícil establecer jerarquías en este caso no lo es, sé que es lo más importante de mi vida, la construcción de mi familia, la relación con Norma, mis hijos: Nicolás, Gabriela y Luciana, y tres nietos que vienen del lado de Nicolás y ahora los gemelos de Luciana.

SP: ¿Qué te ha significado el ser abuelo? ¿Cómo te has encontrado a ti mismo? ¿Qué has descubierto de ti en este nuevo rol?

DB: En realidad es una suerte de sorpresa, de situación extraña más o menos

en forma permanente. No solamente se crea un vínculo personal con los nietos, sino que modifica la relación con el hijo, con la hija... Uno empieza a mirarlos y a verlos de otra manera, a sentirlos ahora más claramente adultos. Y entonces es una transformación permanente en uno también, en dónde ubicar a ese niño que siempre queremos cuidar, ahí aparece el nieto. Pero al nieto no lo cuidás de la misma manera como habías cuidado al hijo, porque lo cuidan sus padres, entonces te vuelve a plantear otro tipo de encuentro y desafío.

Siempre se vuelven a tejer y destejer lo que han sido experiencias anteriores -nos ha acostumbrado el psicoanálisis a esto- y entonces revivimos y comprendemos mejor a los ancestros. En este caso, se ilumina la relación con mis abuelos maternos, que fue con quienes más contacto tuve. Fue muy significativa, tanto con mi abuela como con mi abuelo; mi abuelo materno era italiano y había venido de Piamonte. Por otra parte, mi abuelo Biebel era alemán. Ambos llegaron a la Argentina algunos años antes de la Primera Guerra Mundial. Es una larga historia y llevaría mucho tiempo contar esas vicisitudes, que también va dejando sus huellas en cuanto a cierto amor por la aventura, digamos así. Mi abuelo Andrés decidió irse de Alemania a los 16 años porque no quería seguir el destino laboral que le estaba prefijado de alguna manera, que era ser molinero como había sido su padre; se larga al mundo, va a África, a Estados Unidos, se hace ciudadano americano, termina cayendo en Argentina y consigue trabajo... de molinero. Mi abuelo Mario se viene de Italia muy jovencito tras la muerte de su madre quien, enferma, había quedado a su cuidado después de la muerte de su padre a partir de los trece años de edad. Aquí arma su familia y ejerce su oficio, confitero. Entonces esta mixtura de Italia del norte e Italia del sur y el otro abuelo alemán -de padre alemán y madre húngara, y con mujer andaluza- da esa clara vivencia del crisol de razas característico de Argentina.

SP: Un mestizaje como huella que marca una apertura no sólo geográfica sino mental.

DB: Sí, creo que estimula a aceptar las diferentes culturas; si bien todas forman parte de una gran cultura europea, si queremos decirlo a grandes rasgos. Y lo que puede resultar de esas diferencias me parece que es muy grato, complejo y también conflictivo. Lo que uno observa, aprende, a través de la lectura de cuestiones que tienen que ver con la cultura, o la literatura, es que la capacidad de entender los vericuetos del alma humana se nutre en diferentes ámbitos de la

cultura, en lo que Hegel llamaría el Espíritu objetivo. Entonces, cuando hablábamos de toda la profundidad de Nietzsche como psicólogo, o la penetración en la comprensión de los detalles y motivaciones del comportamiento humano en Dostoievski, cuando uno ve lo que esta gente había podido comprender, ¿cómo uno se va a privar de la posibilidad de nutrirse de esas fuentes y de ponerla en contacto con el esfuerzo maravilloso que hace Freud para hacer entrar esta comprensión dentro del ámbito de la ciencia?, de poder hacerla dialogar con las ciencias, además del diálogo con las humanidades. Una actitud abierta es simplemente reconocer el valor en diferentes regiones y que una de las cosas características de cada región –cada región del conocimiento, cada región ecológica– tiene un valor y tiene una profundidad pero está parcialmente cerrada, entonces deja afuera cuestiones que si no se las va a buscar a otro lado no las va a poder ver, por una especie de necesidad de estructuración del conocimiento. Pero si uno lo abre, de repente encuentra puentes posibles. La otra cosa atractiva es que para cada uno de esos ámbitos hay que usar lenguajes distintos, así como con los pacientes: no se puede hablar igual con todos los pacientes, de la misma manera, con el mismo tono, con el mismo tipo de palabras, con las mismas metáforas... Uno no puede hablar igual con la literatura –como psicoanalista– como no puede hablar igual con las neurociencias, pero el desafío es encontrar cuál es el tipo de puente que se puede hacer entre uno y otro y qué tipo de lenguaje es útil para hacer esos puentes; eso es muy lindo.

Uno puede empezar a hablar y como diría *Martín Fierro*:

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento.
Y como si soplara el viento
hago tiritar los pastos;
Con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.